ALDAZÁBAL, CARLOS

A VECES SOY COMO EL RÍO

Confesando las formas de las piedras,
las partes de arenal lleno de escombros,
debo nombrar el viento y sus soplidos,
la melodía gris de la música ingrata.

Dispuesto a confesar hasta las dudas,
el ser de tobogán, de caída y pendiente,
de nunca conformar ni a las magnolias,
ni siquiera a los grillos cuando nace el silencio.

Así eludo dedos que me tocan los hombros,
así eludo cargas prendidas de mi lengua,
bolsas de iniquidad como limo y esquirlas,
como tanta maldad trepando cerros,
montañas sin color, pozos de olvido.

Confesando la sal y la sangre reseca,
los nombres que poblaron mis inviernos,
cuento con expiar las promesas del frío.

Sin recibo de perdón, sin ambiciones,
sin lisonjas de sol, sin claroscuros:
como agua sin curso, como pena sin cauce,
confieso que transcurro sin saber por qué vivo.

EPITAFIO

¿Cómo resucita el carnaval después de la cuaresma?
¿Cómo se sostiene el alma en equilibrio?
¿Cómo se sacude los embates del miedo?

Contrapunto al tango:
miren el cartel que señala la ruta,
el camino al embrión, a lo oscuro, lo frío,
a la misma placenta.

Otra vez a remar, ya sin corriente,
sin ningún empujón hacia la orilla,
puras manos perversas empujando hacia abajo.

¿Cuándo resucita el carnaval?

Fuimos felices en la casa del sueño,
todos reunidos nos pensamos posibles
y las horas pasaban tranquilas, complacientes.

Fuimos valientes en el sol de la siesta,
bajo un resplandor sutil, esperanzado,
que no tardó en opacarse.

Entonces fue la noche,
la certeza de un dios impiadoso
cumpliendo su venganza:

las sombras se agigantaron;
por el cielo, un jinete del apocalipsis
ataba un cadáver a su carro triunfal.

Todos lloramos, abrazados y frágiles,
en nuestro velatorio,
y al llegar al entierro ya no sentimos nada.

Así escribimos nuestro epitafio:

estamos esperando
el momento del átomo,
la revancha final,
el gran desquite.

HAMACA

Es que el misterio empieza con una sacudida,
un shock de sombra que estremece la escandalosa iluminación
de la escena.
Otra probabilidad es que se sostenga en un zarpazo,
pero para eso el animal interior no debe estar amaestrado.
Al menos, algo de rugido debe conservar,
algo de toro enfurecido por la sangre.

Cuando digo "misterio" no me refiero solamente a tus ojos
o a la obvia pregunta sobre lo invisible,
salvo que lo invisible sea yo para tus ojos,
y ahí no hablamos de misterio, sino de olvido.

No: por misterio me refiero al estremecimiento, al vaivén,
eso que puede ser vals, aunque no solamente,
eso que puede ser sueño para despertar abrupto,
despertar de sirena, por ejemplo,
pero más de Odiseo que de ambulancia,

aunque para Ulises también hubieran sido misteriosos
esos colores rápidos, desatados al vaivén de la marcha,
al ulular de la luz contra la sombra, de la sombra contra la luz
y viceversa.
¿Y si el misterio no empieza?

Eso es lo inexplicable.

Ni sombra, ni luz, ni animal interior, ni esperanza, ni sangre.

Sólo una calma chicha, sobradamente conocida por otros navegantes, los que anhelaron el misterio antes que el olvido,
pero recibieron el olvido,
los que esperaron la gotita de sombra en la luz centelleante, pero fueron encandilados por el sol:
atados a su mástil, aguardando sus sirenas sin la suerte del griego, mientras el mar los ahogaba, sin hamacarlos nunca.

MAGIA

Hacer la palabra como se hace el fuego,
hacer una nube con el color del sol,
una forma de agua para que sueñen peces,
un resplandor de verbos, una promesa.

Hacer la palabra para vencer la muerte,
esa manzana roja, esa boca ofrecida,
ese silencio justo sin luces ni canciones,
ese barco que pasa y que te lleva,
tan lejos del murmullo de los vivos,
de los versos leídos, de los versos que fuiste,
cuando moja la lluvia y todo nace.